



¿NOS SOBRAN LOS SANTOS?

Escrito dominical, el 6 de noviembre

Sin negar la posibilidad de vivir la fiesta del 1 de noviembre llenándola de máscaras que parecen reírse de la muerte de manera desenfadada o de temor y desesperanza en la que no cabe la fe en la resurrección de los muertos, la Iglesia Católica abre el mes de noviembre con la gran fiesta de Todos los Santos. La liturgia de este día ha sido un cántico de alabanza a Dios que en sus elegidos ha obrado la maravilla de la santificación. Respondiendo valientemente a la llamada de Dios, los santos gozan del premio eterno, son intercesores nuestros, ejemplo de fidelidad y fortaleza para nuestra debilidad e igualmente para nuestro deseo de ser cristianos de verdad.

Los santos vencen y convencen. La Sagrada Escritura una y otra vez el recuerdo de “nuestros padres”, los antepasados. Son los santos del AT –Abrahán, Isaac, Jacob, José, David, Tobías, Job-, son presentados, también por el NT, como ejemplo de fidelidad, de perseverancia, como ánimo para la paciencia y la lucha. Por esta razón, los cristianos no hacemos, pues, la víspera del 1 de noviembre una parodia de la muerte, con manifestaciones no precisamente bellas de un aquelarre de cadáveres o escenas de miedo, que no sé si dan ganas de reír o llorar por la banalidad a la que se somete la muerte. Preferimos fijarnos en el triunfo y la alegría que la vida de resucitados trae en nuestras vidas por Jesucristo, triunfante en sus santos.

Si preguntáramos a la gente: ¿qué espera usted de la muerte?, muchos contestarían: “Nada”. Pues no es así entre los cristianos. La prueba es que el día 2 de noviembre y todo este mes, ofrecemos por los fieles difuntos, los nuestros, sufrágios, oraciones y sobre todo, la Santa Misa. Es que creemos que Jesucristo ha resucitado y pedimos en noviembre y en todo tiempo por nuestros hermanos que durmieron con la esperanza de la Resurrección. “El máximo enigma de la vida humana es la muerte –decía hace 50 años el Concilio Vaticano II-. Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la Revelación afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre (...) Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte” (GS, 18).

Poco a poco Dios ha ido revelando el significado de esa realidad que es la muerte hasta llegar a la revelación definitiva, pero no por eso menos misteriosa, en y por la resurrección de Jesucristo. Todo lo que podemos decir en cristiano acerca de la muerte lo debemos referir a la muerte de Cristo. En ella advertimos una dimensión personal, ya que Cristo asumió libremente la muerte, una dimensión comunitaria puesto que Él murió por nosotros, por todos los hombres y una relación con la misma muerte porque Él triunfó totalmente sobre su poder.

Si nos fijamos bien en los funerales cristianos, la esperanza cierta de la Resurrección es uno de los temas tratados con más fuerza. Las lecturas bíblicas, las antífonas y las oraciones constantemente expresan la confianza en la resurrección de los muertos. El mismo enterramiento esconde este significado profundo: la Iglesia deposita el cuerpo del difunto en las entrañas de la madre tierra, como el agricultor siembra en el surco la semilla, con la esperanza de que un día renacerá con más fuerza, convertido en un cuerpo transfigurado y glorioso (cfr. 1Cor 15, 42-49). Este rito simbólico nada tiene que ver con la fealdad de Halloween, una parodia de lo que es la muerte con fines consumistas. Nada tenemos en contra de desfiles de máscaras, de fiestas o encuentros y visitas de acá para allá, pero esa manera de entender la muerte nada tiene que ver con la esperanza cristiana y la fe en la resurrección de los muertos.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LA IMPORTANCIA DE QUE HAYA PERDÓN

Escrito dominical, el 13 de noviembre

Estamos acabando el Año de la Misericordia, abierto por el Papa Francisco el 8 de diciembre de 2015, y que él mismo clausurará el domingo 20 de noviembre próximo. Antes, el domingo 13 será el final de este año de gracia del Señor en nuestra Catedral. Quisiera referirme a un aspecto de este Año de la Misericordia que, subrayado constantemente por el Papa, puede desaparecer de nuestra memoria, si no lo retenemos: la alegría que experimenta la persona que se encuentra con Jesucristo que le perdona. Sobre todo si a ese encuentro misericordioso con Jesús ha contribuido el anuncio del Señor que hayamos podido hacer los que ya conocemos a Cristo; bien por nuestro acercamiento a la situación de los que estaban alejados de Dios, en las periferias existenciales lejos del Evangelio y su alegría, bien por otros muchos medios de los que se vale el Señor para ello.

Hay personas que te dicen: ¡Ojalá tuviera yo tu fe! ¿Qué sabemos, en efecto, muchas veces lo que significa una vida sin fe, una persona que quisiera dar sentido a su vida y no sabe o no puede? ¿Por qué no ha encontrado un verdadero cristiano que con su vida atrayente haya facilitado el acceso a Dios? Para mí, cuando una persona me dice que no cree, casi no sé qué decirle, porque es una sensación, una vivencia que yo no he tenido: siempre he creído en Dios y no he tenido dudas serias de fe. Me impresionan, pues, películas como *Las Horas* (2002), de Stephen Daldry, que trata de tres mujeres que buscan ansiosamente el sentido a su vida. En un momento, una de las protagonistas, que cuenta a otra su intento de suicidio y del abandono de su familia, dice:

-Quizá sería maravilloso decir que te arrepientes... Sería fácil... ¿Pero tendría sentido? ¿Acaso puedes arrepentirte cuando no hay alternativa? No pude soportarlo, y ya está...Nadie va a perdonarme. Era la muerte, y yo elegí la vida.

Lo terrible es que en el horizonte asfixiante de la película no hay a posibilidad de perdón, y sobre todo, no hay a quien pedir perdón, y por ello posibilidad de arrepentimiento. Pero desde este trasfondo, que muestra a una parte considerable de nuestro mundo, el hombre y la mujer de hoy, sin embargo, podrían redescubrir la gran noticia que es el Evangelio del perdón. Nuestro grito sería: ¡el perdón existe, es posible! ¿Hay quien puede perdonarlo todo! Y no solo puede hacerlo, sino que lo hace. Lo que ha dicho el Papa Francisco a lo largo de todo este año es que la experiencia cristiana es la experiencia de haber sido perdonado, de raíz, y de cómo ese perdón abre la posibilidad de una vida nueva. Y por eso es tan necesario que, desde esa experiencia de ser perdonado, podamos llegar a los que no saben esto, acercarse a ellos, no juzgar su situación y hablarles del perdón.

¡Cuántas vidas perdonadas, cuántas personas que han descubierto a Dios en este año encontrándose con Cristo en el perdón y la misericordia! En adelante no deberíamos olvidar esta faceta de la vida del cristiano: no hemos de quedarnos simplemente en buscar la verdad en una buena formación llegando a una claridad de nuestra fe, sino que, viviendo la caridad de Cristo en la verdad, acercarse al que sufre sin juzgarle y anunciarle la alegría del Evangelio.

El abrazo gratuito e incondicional de Jesús, ese encuentro con Él y con su perdón en el sacramento de la Penitencia, a través de la figura del sacerdote que perdona en nombre de Dios, es algo inaudito, bellissimo y alcance de nuestro corazón. Descubrir esa posibilidad de experimentar el amor de Cristo a quien lo desconoce, a quien no sabe a quién acudir para ser perdonado, es un servicio impagable a la humanidad y a quien está herido al borde del camino. Les invito a leer despacio los números 1422 al 1498 del Catecismo de la Iglesia Católica. En esos números se explica en qué consiste el sacramento de la reconciliación. Es un buen ejercicio para acabar el Año de la Misericordia, ese regalo de la Iglesia a la humanidad de la mano del Papa Francisco.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

¿CÓMO PUEDES COLABORAR CON TU PARROQUIA?

Escrito dominical, el 20 de noviembre

La comunidad de la Nueva Alianza, fundada por Jesucristo, es un misterio adorable; pero es, sin embargo, muy concreta. Su primer rostro es la parroquia, comunidad cristiana en un territorio

concreto, sea en pueblo o en ciudad. No se nos debe, pues, olvidar que en una parroquia fuimos bautizados y pertenecemos a la familia de Dios. Somos de este mundo, hermanos con otros hermanos en esa familia de Dios, hijos de un mismo Padre. Quiere decirse que tú y yo tenemos cosas muy sencillas en común como ocurre en una familia, que, si se olvidan, algo se pierde.

¿Conoces la historia de tu parroquia? ¿Es de las construidas hace mucho tiempo, o es de reciente creación? ¿Conoces quién la construyó? Tal vez hay mucha historia por construir, porque no pensarás que parroquia es lo mismo que templo parroquial. Tú formas parte de esa historia. Yo creo que es historia que tiene futuro. A no ser que seas un “despegao”, no cabe duda de que la comunidad parroquial nos acompaña en los momentos más importantes de nuestra vida.

¿Conoces algún grupo de la parroquia? Todavía van niños, jóvenes y adultos a los centros parroquiales, que con bastante frecuencia se hacen parroquia para conocer a Jesucristo; allí se forman para no caer en la rutina. También para dar razón de nuestra esperanza: ¿Por qué creo, para qué quiero recibir los sacramentos? Tal vez tu parroquia sea pequeña, pero no por eso despreciable. ¿Sabes horarios de Misas, de encuentro, de despacho parroquial, de gente que busca consuelo o consejo o, simplemente, que se le escuche? ¿Sabes que el grupo de Cáritas no debe faltar porque son muchos los que sufren, los “descartados”? ¿Puede haber personas que acompañan a los enfermos, o catequistas o “manitas” que están voluntariamente dispuestos a ayudar arreglando cosas?

Y todo esto, ¿para qué? Buena pregunta. Nuestras iglesias y otros locales no son señales de que la Iglesia es muy poderosa. No hay propiedad más compartida que los templos y locales para actividades pastorales. Son necesarios para ser utilizados. ¿Dónde, sino, dar catequesis y dar vida a los enfermos, necesitados y cuantos quieren ser mejores cristianos?

¿Te has preguntado alguna vez de dónde viene el dinero para que esta Iglesia local pueda abrirse? No me digas que viene del Estado o del gobierno. Eso ya no se sostiene; es mentira. Los gastos de cada día los han de pagar los cristianos, sacerdotes y fieles. Y hay luz eléctrica que pagar, y calefacción y tejas que arreglar y goteras que se deterioran. No estoy diciendo que todo en la parroquia se reduzca sólo a lo monetario. Nunca lo he dicho, ni lo diré. Únicamente que contribuyas a tu comunidad parroquial con tu persona. Esto es lo más importante: tareas, grupos, campañas, cuidar de los pobres y pequeños. Pero si esto no puedes hacer –que habría que verlo-, ¿por qué no contribuyes, al menos, con tu dinero o tu aportación? No vamos a imponer ningún impuesto, pero hay muchas formas de ayudar.

Por ejemplo: el templo parroquial o una ermita es bueno que estén abiertos no solo para la celebración eucarística u otro acto litúrgico: es importante que haya templos abiertos para poder rezar, en silencio. Pero muchos no se pueden abrir, porque roban. Tú podrías ofrecerte para estar pendiente del templo unas horas a la semana o al mes. Tú mismo puedes hacer la visita al Santísimo o rezar un rato por esta o aquella intención, por la paz, por los difuntos, por los pobres. O puedes colaborar como voluntario de Caritas, Manos Unidas, y un lago etcétera. ¡Hace tanta falta el consuelo y la esperanza! Hacer de la parroquia (templo, locales y sobre todo comunidad de cristianos) un lugar, un ámbito cercano, cálido... es posible contigo.

¿Conoces los gastos y los ingresos anuales que tu parroquia maneja? ¿Qué se puede estar necesitando? Sin duda que en el tema económico también puedes ayudar. Además, ahora es una gran oportunidad para hacerlo, porque desde enero de 2016 los donativos a cualquier institución, asociación, ONG desgravan más por ley; y esto se aplica, por supuesto, a las donaciones que realices a la parroquia y a la Diócesis. Infórmate bien.

Aquí termina mi conversación sobre la Iglesia diocesana, sobre la parroquia. He hablado de todo un poco. Lo he hecho, creo, con sencillez. Cordialmente.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

LA HERENCIA ESPIRITUAL DEL XXV SÍNODO DIOCESANO

Escrito dominical, el 27 de noviembre

Estamos en las fechas en que hace 25 años, el Cardenal Marcelo González Martín firmaba las Constituciones Sinodales de este Sínodo toledano, que muchos vivisteis y, de muchos modos, hicisteis. Por aquellas mismas fechas rondaba en mi cabeza la idea de un Sínodo diocesano en Osma-Soria, que apenas empecé años después y no pude acabar por mi traslado a la Iglesia de Salamanca. Puedo entender por ello de algún modo la experiencia que tuvisteis. También pensaba

entonces, tras más de 25 años de celebrado el Concilio Vaticano II, que era tiempo propicio para que todo el Pueblo de Dios intentara tener una experiencia de fe de una Iglesia que revisa su “hoy” y “aquí”, con lo que esto entraña de conversión personal e institucional (también conversión pastoral decimos hoy).

Vosotros, con el Pastor diocesano, tal vez veáis igualmente la necesidad de poner en práctica la visión de Iglesia que surge del Vaticano II (eclesiología): una Iglesia que vive la comunión y se siente responsable de su marcha, viviendo la gracia de Dios en las diferentes vocaciones y carismas. Por lo que he leído sobre el XXV Sínodo Diocesano, por ahí transcurrieron las cosas en la preparación (1986-1990), con sus diferentes fases: el trabajo presinodal, con sus etapas. La celebración de los trabajos sinodales con su apertura el 20 de enero de 1990; la redacción del documento final, la última votación definitiva de acuerdos del Sínodo y, sobre todo, la solemne clausura el 23 de noviembre de 1991; toda esta actividad creó el espíritu sinodal, la manera de vivir y trabajar apostólicamente para el futuro. Me parece que es el aliento que nosotros reconocemos hoy en las Constituciones Sinodales. Es una vida, una gracia del Espíritu. Una vida que ha permitido a esta Iglesia desplegar el ejercicio de la corresponsabilidad, de amor a la Iglesia, el amor hacia los que juntos recorristeis estas etapas del Sínodo, aunque surgieran, como es lógico, pequeñas tensiones, limitaciones y debilidades.

Permitidme aconsejaros releer las Constituciones Sinodales, sobre todo, para comprobar cómo este Sínodo marcó la marcha de la Iglesia de Toledo. También para renovar ese talante Sinodal que nos aparta de “particularismos”. ¿Quién duda que del Concilio Vaticano II y de este Sínodo han surgido la manera de trabajar en nuestras comunidades parroquiales, nuestros grupos y movimientos, nuestros Planes de pastoral, el que ahora queremos llevar adelante? A mí me gusta reflexionar sobre la historia de la Iglesia y veo tantas cosas que el Espíritu Santo ha hecho en nosotros y con nosotros, que siento un profundo agradecimiento a los Arzobispos que me precedieron, a tantos y tantos que trabajasteis en el Sínodo. En la Iglesia una generación lleva a la otra en sus hombros para ir adelante unos y otros.

Del mensaje final del Sínodo subrayo estas palabras hermosas, que tanto nos alientan: “El Señor Jesús... nos impulsa ahora a, dejándonos llevar a su Espíritu, dirigimos a todos los miembros del Pueblo de Dios nuestra Diócesis de Toledo y a todos los que, aunque no compartáis la misma fe con nosotros, vivís preocupados por el hombre concreto que en nuestra sociedad trabaja y participa de las alegrías y sinsabores que cada día nos ofrece. A todos vosotros os dirigimos, en nombre del Señor, una palabra de esperanza gozosa... Unos y otros hemos oído hablar de Jesucristo. Pertenece su figura a la cultura en el seno de la cual hemos nacido. Y, por eso, lo tenemos como algo propio. Reconocemos con grandeza de ánimo lo que a lo largo de nuestra historia ha representado su Evangelio y su propia persona”.

Entonces, hace veinticinco años como ahora, mostramos un tesoro que deseamos compartir y ser una Iglesia que está al servicio de hombres y mujeres evangelizando, que no es hacer proselitismo, abiertos a la esperanza. Ayer como hoy nuestra Iglesia han de preocuparle las situaciones concretas de sufrimiento de tantas personas: enfermedades, paro, matrimonios y familias desestructuradas, sobre todo, por el divorcio, niños abortados o viviendo en condiciones inaceptables, jóvenes sin ilusión, a veces rotos por la droga y otras adicciones, ancianos no queridos o abandonados. Un cristiano –acaba de decir el papa Francisco- no es tal, si ante un pobre vuelve la cabeza y se desentiende de él.

Hoy como ayer, tenemos urgencia de evangelizar, de llevar a los demás la alegría del Evangelio, saliendo a las periferias geográficas o personales. Hoy como ayer, debe haber menos “clases pasivas” en nuestra Iglesia. Todos corresponsables en las tres grandes acciones eclesiales: el crecimiento de la fe y su transmisión a las nuevas generaciones por medio de Escritura Santa y el kerigma, la catequesis y la profundización en lo que contiene nuestro Credo; el ejercicio del sacerdocio de Cristo en la Liturgia cristiana; y en la función real, que es la caridad, la justicia, la fraternidad que nos ha traído Cristo, la participación en la vida pública y en la mejora y cuidado de la tierra y del mundo.

Santa María el Sínodo, muéstranos a Jesús y ayúdanos a hacer lo que Él nos dice aquí y ahora.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España